



**Del exilio a los nuevos paradigmas:
los intelectuales argentinos de la comunicación en México (de *Controversia* a
Comunicación y cultura)**

en *Comunicación y sociedad*, Universidad de Guadalajara, México, n°24, julio-diciembre de
2015

Mariano Zarowsky¹

Nos proponemos en este trabajo analizar las relaciones entre la llamada “revolución conceptual” de la izquierda que produjo en el exilio una serie de intelectuales argentinos en México (1974-1983) y la reformulación de un pensamiento sobre la comunicación que —teniendo en parte a los mismos promotores— produjo por entonces una serie de reformulaciones epistémicas en la que por entonces era un campo de estudios emergente y en proceso de consolidación. Estos desplazamientos contribuyeron a configurar su agenda en Argentina en los años siguientes y a promover su institucionalización en el país. Más concretamente, analizaremos las intervenciones que desplegaron los “intelectuales de la comunicación” en las revistas *Controversia* (1979-1981) y *Comunicación y cultura* en su etapa mexicana (1982-1985).

Palabras clave: historia intelectual, estudios en comunicación, exilio mexicano, intelectuales.

We will analyze the relationships between the so-called left-wing “Concept Revolution” carried out by Argentine intellectuals in Mexico (1974-1983) and the epistemic reformulation partly championed by those same “communication intellectuals” on communication thought, which was so far an unconsolidated and unfledged discipline. The group's epistemic shifts would set their agenda in the following years in Argentina, promoting their institutionalization therein. Specifically, we will analyze their writings in the journals Controversia (1979-1981) and Comunicación y cultura (Mexican stage, 1982-1985).

Keywords: *intellectual history, Communication Studies, mexican exile, intellectuals.*

¹ Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina. El presente trabajo forma parte de una investigación financiada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

INTRODUCCIÓN

La historia de los estudios en comunicación en Argentina y América Latina reconoce la existencia de un movimiento de revisión conceptual en los años ochenta del siglo pasado que, acompañando una tendencia más general de rupturas y cambios que agitaron las aguas de las ciencias sociales y el pensamiento político en el periodo, puso en entredicho las diversas y heterogéneas tradiciones teóricas y epistemológicas desde las que se había problematizado el vínculo entre comunicación y cultura en las décadas previas y promovió la búsqueda de nuevos paradigmas para abordarlo.²

Sin embargo, más allá de alguna consideración general a los contextos o a los itinerarios de los promotores de estos desplazamientos, se ha trabajado relativamente poco sobre las condiciones en las que germinaron las premisas de este movimiento conceptual; en particular, sobre el modo en que los avatares políticos y las experiencias de orden subjetivo que estos delimitaron (pues, nos adelantamos, los *intelectuales de la comunicación*³ definen su estatuto y su campo de acción en el cruce de su saber experto y la actividad militante) se anudaron con la producción de enunciados de orden epistémico. Planteando un punto de intersección entre la historia intelectual de los estudios en comunicación y una sociohistoria de la cultura de izquierda latinoamericana, en este artículo pretendemos dirigirnos en esa dirección: al abordar el itinerario en el exilio mexicano de los intelectuales argentinos de la comunicación nos proponemos delinear los contornos de una de las variadas escenas donde, entre fines de los años setenta y mediados de los ochenta, se produjeron y desplegaron los nuevos paradigmas.

Más concretamente, las redes de sociabilidad intelectual que los exiliados argentinos forjaron en México, la reflexión sobre la *derrota* del proyecto popular en el país que los había expulsado, su rápida inserción y participación en una densa trama cultural e intelectual en el país de recepción (hablamos de la existencia en México de una izquierda de horizonte

² Entre otros, véase los trabajos de Fuentes Navarro, 1992; Entel, 1994; Grimson & Varela, 1999; Lenarduzzi, 1999; Mangone, 2007; Rivera, 1987; Saintout, 1998; Santagada, 2000.

³ Con el término *intelectuales de la comunicación* no queremos referir a un grupo definido por su especialización temática sino a la existencia en América latina en los años sesenta y setenta de una franja de intelectuales que, desde un saber específico sobre la comunicación, se proyectaron como figuras públicas, legitimadas por su capacidad para darle a sus investigaciones una significación social, cultural y, eventualmente, política. Se trata de una figura histórica que reconoce una heterogeneidad de trayectorias y existencias posibles; sobresale la de aquellos que proyectaron su labor específica desde la crítica de la cultura y las ciencias sociales hacia una dimensión pública, y la de aquellos intelectuales que, provenientes de espacios de militancia, encontraron en su dedicación a la investigación en comunicación y la cultura un modo de intervención política. Al respecto véase la noción de *intelectuales de la literatura* que propone Aguilar (2010) para abordar el mismo periodo en relación con el campo literario.

cosmopolita, del auge por entonces de su mundo editorial y de instituciones universitarias abiertas al compromiso y al debate, entre otros elementos); todas estas variables contribuyeron al desarrollo de un pensamiento novedoso que interrogó sin contemplación núcleos duros del imaginario de una “nueva izquierda” en cuyo seno en las décadas previas (nos referimos estrictamente a lo ocurrido en el sur del continente) habían despuntado las primeras formulaciones de los estudios en comunicación como disciplina emergente.⁴ La hipótesis que organiza este trabajo, entonces, es que en la confluencia de circunstancias que se dieron cita en ese espacio exiliario se crearon condiciones para la emergencia de una *estructura de sentimiento* —al decir de Raymond Williams—⁵ sobre la que se elaboraron algunas de las premisas teórico-conceptuales que orientaron los estudios en comunicación en los años siguientes en Argentina. En este movimiento, asimismo, se forjaron condiciones que contribuyeron a su proceso de consolidación disciplinar e institucionalización y a la proyección de muchos de sus protagonistas en posiciones de prestigio en relación con el mundo universitario y la escena político-cultural en el país.

Otro modo posible de presentar el recorrido que aquí proponemos sería reconocer un disparador en los interrogantes despertados al comprobar la existencia de un paréntesis en la trayectoria mexicana de *Comunicación y cultura* (1973-1985) y la emergencia, en el intervalo, de una nueva publicación que, de manera más o menos directa, la involucraría. Para ser más precisos: en el exacto interludio de cuatro años que separa la salida de los números seis (1978) y siete (1982) de la revista, uno de sus directores, Héctor Schmucler, con Nicolás Casullo y Sergio Rubén Caletti (quienes a partir de entonces y en distintos momentos se sumarían al comité editorial de *Comunicación y cultura*) animaron y protagonizaron junto a otros intelectuales exiliados argentinos la corta vida de *Controversia* (1979-1981), una revista de discusión teórico-política donde, como veremos, se desplegaron algunas de las tensiones que atravesó la intelectualidad argentina en México y en cuyas páginas se elaboraron algunos de

⁴ Sobre la “nueva izquierda intelectual” en Argentina véase el trabajo clásico de Terán, 2013 [1991]. Sobre la emergencia de “nuevos saberes” científicos en su seno, entre ellos los vinculados a la comunicación, véanse Rivera, 1987; Sarlo, 2007 [2001], entre otros.

⁵ Como “hipótesis metodológica”, la noción de *estructura de sentimiento* que propone Williams (2009 [1977]) es productiva en tanto permite trabajar sin disolverlas una serie de tensiones que habitan el análisis social y cultural: entre lo cristalizado y lo emergente, entre el pasado y el “aquí y ahora”, entre lo pensado y lo vivido. Así, en tanto instancia de mediación entre lo social y lo subjetivo, la categoría permite dar cuenta de los significados y valores en tanto hechos sociales, pero “tal como son vividos y sentidos activamente” (p. 180). No se trata para Williams de oponer la estructura al individuo ni el pensamiento al sentimiento, sino de hacer visible el “pensamiento tal como es sentido y el sentimiento tal como es pensado” (p. 181). Las estructuras de sentimiento —agrega Williams en una metáfora muy sugerente— “pueden ser definidas como experiencias sociales *en solución*, a diferencia de otras formaciones sociales semánticas que han sido *precipitadas* y resultan más evidente e inmediatamente asequibles” (p. 181).

los tópicos que conformaron el lenguaje político de los años de la transición democrática en Argentina.

¿Qué significación puede dársele entonces, más allá de los innumerables imponderables de orden vital que podrían explicarlo, a este intervalo en la vida de *Comunicación y cultura*?⁶ ¿Cómo pensar su reanudación mediada —sin solución de continuidad— por la intensa y decisiva experiencia de algunos de sus animadores en *Controversia*, una publicación que expresó un segmento minoritario pero influyente del debate teórico-político de la vida exiliar y que le dio cuerpo a sus dilemas subjetivos? Intentaremos demostrar que el examen cruzado de ambas revistas y de los itinerarios intelectuales de sus protagonistas se revela productivo para indagar el modo en que la vivencia del exilio, con lo que conlleva de conmoción política y afectiva, creó condiciones particulares para el despliegue de una reelaboración epistémica que marcaría a fondo los estudios sobre comunicación en Argentina. Desde otro ángulo, se trata de visualizar el modo en que, desde su relativa autonomía, los estudios en comunicación formaron parte de las apuestas que se tejían en el campo intelectual en este periodo de transición en el país, esto es, del movimiento en el que, desde el exilio, se producían y anticipaban algunas de las ideas y líneas de fuerza que configurarían las coordenadas de una nueva hegemonía político-cultural.

La “circunstancia mexicana” como encrucijada⁷

La reflexión sobre el itinerario de numerosos intelectuales argentinos exiliados en México en el periodo 1974-1983 ha puesto de relieve el modo en que la experiencia del exilio enmarcó la traumática revisión identitaria y conceptual de lo que había sido la llamada “nueva izquierda argentina” de los años sesenta.⁸ En su estudio sobre los “gramscianos argentinos” Burgos (2004) indaga cómo lo que llama la “circunstancia mexicana” ofició en el periodo como una “caja de resonancia” y un “laboratorio teórico” para la observación, estudio y discusión de procesos en marcha en sociedades latinoamericanas, la publicación de textos vinculados con la cultura marxista y la reflexión y renovación teórica de esta tradición.

⁶ Para un itinerario de conjunto de la revista *Comunicación y cultura* véanse Lenarduzzi, 1998; Zarowsky, 2013.

⁷ Conviene dejar claro que solo diremos algunas palabras sobre el contexto intelectual, académico y político local, que apenas esbozaremos en sus coordenadas más significativas, pues de lo que se trata de indagar es cómo esta “circunstancia mexicana” permitió la reflexión sobre cuestiones teórico-políticas que tenían a la realidad argentina como insumo y acicate para la reflexión. En este sentido, omitimos aquí mayores referencias a los efectos que estas pudieran haber tenido por fuera del campo de los estudios en comunicación en Argentina y de sus campos académico, político y cultural. La dificultad del recorte es evidente, pues, paradójicamente, la *encrucijada* que delimita el espacio exiliar —y que la vuelve productiva para nuestros fines— supone la posibilidad de encuentro entre “contextos” heterogéneos que los intelectuales en el exilio, a caballo entre la sociedad que los expulsa y la que los recibe, ponen en diálogo.

⁸ Al respecto véase, entre otros, Aricó, 2005 [1988]; Burgos, 2004; Casco, 2008; Gago, 2012.

Varios son los factores que contribuyen a explicar la excepcionalidad de esta circunstancia. De manera general, se destacan la hospitalidad y la libertad que, continuando con una vieja tradición heredada de la revolución, el Estado mexicano ofreció a los exiliados políticos; el boom económico-petrolero de los años setenta que permitió un desarrollo sin precedentes de la vida académica universitaria y del mundo cultural y editorial en el país; las repercusiones del proceso de reorganización interna y apertura teórica que encaraba por entonces el Partido Comunista de México, entre otros elementos. Más específicamente, la continuidad de la militancia en el exterior de parte de muchos emigrados y, sobre todo, su reunión en asociaciones de exiliados, permitió la creación de espacios de sociabilidad que conformaron las bases para la creación de microsociedades o comunidades de expatriados, agrupamientos propicios para la contención afectiva pero también para el diálogo, el intercambio intelectual y la reflexión teórico-política. El Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA), vinculado con la organización Montoneros y en menor medida con otras organizaciones político-militares, y el Comité Argentino de Solidaridad (CAS), que agrupaba a ex-Montoneros, camporistas, independientes de izquierda y socialistas, fueron los principales espacios de reunión y solidaridad entre los argentinos exiliados en México (Bernetti & Giardinelli, 2003; Yanquelevich, 2010).

Conviene subrayar entonces que los intelectuales que protagonizaron la renovación del pensamiento sobre la comunicación que aquí abordaremos participaron, antes que nada, de los múltiples agrupamientos que proliferaron entonces en la comunidad de exiliados; en algunos de ellos⁹ se promovió un proceso de reflexión y crítica que implicó, en primera instancia, una elaboración de la propia experiencia militante que se procesó, en buena medida, como un “ajuste de cuentas” con las propias posiciones teórico-políticas anteriores. En este sentido, es importante subrayar la centralidad que la cuestión de la lucha armada tuvo en el debate exiliario, en especial la política de la organización Montoneros:¹⁰ la discusión sobre el accionar de las organizaciones guerrilleras se convirtió en la línea divisoria de un exilio que, lejos de funcionar como apaciguador de diferencias, estuvo profundamente fracturado; el apoyo o la

⁹ Nicolás Casullo, Héctor Schmucler y Sergio Rubén Caletti (junto a Jorge Bernetti y Adriana Puiggrós, entre otros, todo ex integrantes de la organización Montoneros) participaron de un agrupamiento informal de discusión político-ideológica que se constituyó entre mediados de 1977 y principios de 1978 y que se conoció en la colonia de exiliados como el grupo de “los reflexivos”. Al poco tiempo el agrupamiento se fusionó en la llamada “Mesa Peronista” con sectores que habían militado o se reconocían en el camporismo y que se reunían periódicamente en el CAS.

¹⁰ Montoneros ocupó el centro de la escena política en el exilio hasta aproximadamente 1979, cuando comenzó su decadencia a partir de la llamada “contraofensiva”. De manera elocuente y en clave autobiográfica Bernetti y Giardinelli escriben al respecto: “El exilio peronista en México estuvo sometido, sobre todo en sus primeros años (hasta 1979), por el síndrome del montonerismo” (2003, p. 70).

crítica a las actividades de la guerrilla dividió las aguas en la colonia argentina y se convirtió en inspiración y centro de la reflexión teórico-política (Yanquelevich, 2010).

Si bien algunas ideas surgidas en los ámbitos de discusión y reflexión que venimos señalando tuvieron sus primeras versiones en artículos y en las frecuentes solicitadas que por entonces muchos de estos intelectuales publicaban en la prensa periódica local (*El Universal*, *Proceso*, *unomásuno*)¹¹, es en la revista *Controversia* (1979-1981) donde se puede seguir más acabadamente la germinación y expresión de un nuevo clima de ideas.¹²

Un punto de partida enunciado en el primer editorial de *Controversia* organizaría la vida de la revista: la idea de que se había sufrido una “derrota atroz” del campo popular que obligaba a revisar los propios supuestos desde los que se había pensado la política. Se trataba, se enunciaba sin matices, de la necesidad de revisarlo todo, de “discutir incluso aquellos supuestos que creímos adquiridos de una vez para siempre para una teoría y práctica radicalmente transformadora de nuestra sociedad” (*Controversia*, 1979, p. 2). Bajo este prisma se dieron lugar las polémicas que cobijó la revista (pues, precisamente, se invitaba a la *controversia* “para el examen de la realidad argentina”) y desplegaron algunas de las temáticas que la atravesaron: la evaluación del carácter y las causas de la derrota del campo popular, en especial el examen del foquismo como estrategia política; el lugar del exilio como condición de posibilidad para el despliegue de la vida intelectual; la crisis del marxismo; el vínculo entre socialismo y democracia y entre populismo y democracia; la caracterización del fenómeno peronista, entre otras.

En este marco, la fracción de los intelectuales peronistas que, junto al núcleo socialista, participó de la aventura de *Controversia*, desarrolló algunos núcleos singulares de pensamiento. Las colaboraciones de Schmucler, Casullo y Caletti se distribuyeron a lo largo de los trece números de vida de la revista; en ellas se puede leer en germen un conjunto de ideas y esquemas de percepción que tendrán una incidencia no menor en el desarrollo de su pensamiento sobre la comunicación y la cultura y en su reelaboración de la cuestión del estatuto del intelectual y de su relación con la sociedad.

¹¹ Entre las notas publicadas en la prensa diaria donde se puede seguir la ruptura pública de este agrupamiento con la política de Montoneros se destacan las de Bernetti, 1979; Bernetti, Caletti, Puiggrós & Schmucler, 1979; Casullo, 1979. Para una visión más amplia de la cuestión, véase Bernetti & Giardinelli, 2003 (en especial el “Anexo documental”) y Yanquelevich, 2010.

¹² La revista surgió de un acuerdo entre un subgrupo de integrantes de la “Mesa Peronista” con otro agrupamiento de características similares, aunque políticamente heterogéneo: la llamada “Mesa Socialista”. El consejo de redacción de *Controversia*, formalmente dirigida por Jorge Tula, estuvo integrado por Carlos Abalo, José Aricó, Sergio Bufano, Rubén Sergio Caletti, Nicolás Casullo, Ricardo Nudelman, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler y Oscar Terán. Sobre *Controversia*, véanse, Burgos, 2004; Casco, 2008; Gago, 2012; Yanquelevich, 2010.

Tal vez las intervenciones de Schmucler (1979; 1980a; 1980b; 1981) hayan sido las más audaces y polémicas entre estas, puesto que se atrevieron a plantear cuestiones e interrogantes que inquietaron notablemente a cierta franja de la militancia: la pregunta por los supuestos que subyacían en la lucha por los derechos humanos y por su eficacia; el señalamiento de la derrota política como dato ineludible; la distancia entre el país de afuera —el de los exiliados— y el país de adentro; la pregunta por aquello que los testimonios de los sobrevivientes permitían pensar sobre las concepciones políticas de la guerrilla; todos estos fueron algunos de sus temas.¹³ En los argumentos y en el lenguaje dramático desplegado en el último de sus artículos en la revista, se puede leer el modo en que en la escritura de Schmucler la conmoción de la subjetividad política se anudaba con la redefinición del pensamiento sobre lo social y, en particular, sobre el fenómeno cultural. “Las experiencias y el aprendizaje de los últimos años nos han movido, a muchos de nosotros, a modificar sustancialmente gran parte de las creencias que teníamos sobre la sociedad y su transformación” (1981, p. 15). Las nuevas concepciones sobre la sociedad no solo modificaban “los viejos esquemas sobre los que acostumbrábamos a construir nuestras hipótesis políticas”, sino que, continuaba, producían “un cambio sustancial en la manera de afrontar el conocimiento de los procesos históricos” (p. 15). Schmucler enumeraba entonces una serie de problemas a asumir por el pensamiento de lo social, entre los que se destacaban: 1) la crisis de la metáfora marxista de *base-superestructura*; 2) la incorporación de la *subjetividad* como elemento inexcusable a tener en cuenta para interrogar las acciones humanas y los procesos históricos (lo que suponía la consideración del *deseo* y su relación con la política como parte estructurante de esos procesos; 3) la crisis de una concepción de la acción de las masas como encarnación abstracta y unidimensional de *clases sociales* (se trataba de entender “las múltiples determinaciones o condicionantes de esa acción”, escribía); 4) el entendimiento de la política desde una “perspectiva estratégica de la *vida cotidiana*”, esto es, desde un modelo de ser concreto de los hombres en el mundo —como un “estilo de vida”—, lo que suponía manejar una *concepción de la cultura* entendida como un eje articulador de las propuestas políticas antes que como una “derivación o consecuencia de cambios en la estructura económica” (p. 15).

Por su parte, las intervenciones de Casullo y Caletti en *Controversia* desplegaron tópicos propios, funcionando entre ellas de manera complementaria. Configuraban un campo problemático particular alrededor de dos núcleos: por un lado, *la crítica de los supuestos*

¹³ Las notas de Schmucler en *Controversia* generaron en la colonia de exiliados fuertes polémicas. Algunas respuestas se publicaron en las mismas páginas de la revista y otras salieron en diversas publicaciones. Al respecto véase Bernetti & Giardinelli, 2003; Yanquelevich, 2010.

leninistas que en su visión habían fundamentado la expansión de la izquierda peronista y en su interior la experiencia foquista; por otro, la reconceptualización del peronismo como hecho democrático a ser pensado, sostenían, de acuerdo a las plurales formas históricas en las que el pueblo había expresado el *carácter de la política como un hecho social y cultural* que desbordaba cualquier concepción estrecha —liberal o clasista— de esta.

En efecto, Casullo (1980a; 1980b; 1980c) desplegó en las páginas de *Controversia* una serie de artículos que pusieron en discusión los supuestos marxistas-leninistas que en su visión informaban no solo el accionar guerrillero —especialmente el de Montoneros— sino las concepciones de la izquierda peronista en su conjunto. En esta línea, el autor apuntaba su crítica a una variable: la supuesta exterioridad entre “el saber” portado por las vanguardias y las prácticas y formas de vivir lo político de las masas; o de otro modo, entre las concepciones del marxismo-leninismo y el estatuto de un peronismo que Casullo concebía como una vivencia político-cultural, como un movimiento de acción múltiple, articuladora de lo popular en distintos espacios del tejido social: sindical, territorial, fabril, etc. El planteamiento no solo pretendía explicar las causas de la derrota del movimiento popular en Argentina, sino que se dirigía polémicamente hacia dos adversarios muy diferentes en los que Casullo encontraba una matriz común. A saber: tanto el foquismo como las reformulaciones del pensamiento peronista y socialista que se reagrupaban por entonces en el exilio compartían una “lógica de izquierda”, un “hacer político de izquierda” que no “ponía en cuestión un conjunto de estatutos y prácticas ideológicas, políticas y teóricas de esa izquierda en el marco de la gestación popular hacia el cambio” (Casullo, 1980b, p. 11). ¿Cuáles eran esas prácticas? Situándose en un debate que proyectaba un posible desenlace para el proceso dictatorial, el autor escribía que hablar de “democracia transformadora, de cambio, de socialismo” fuera de los marcos de la experiencia popular movimientista del peronismo y de su capacidad de alianzas era “una *tarea intelectual carente de sujeto* en Argentina” (p. 11. *Cursivas añadidas*).

Este último sintagma sintetiza los planteos de Casullo en la revista y expresa con vigor el sentir que germinaba entonces en toda una franja intelectual; retomando tópicos clásicos del revisionismo se ubicaba como clave de interpretación histórica, lo que se consideraba que había sido la existencia de una distancia entre los planteamientos de las vanguardias políticas —y en buena medida esto quería decir: de los *intelectuales*— y el modo en que “el pueblo había producido sus propias formas y concepciones de la política” (Casullo, 1980c).

En una línea similar avanzaba Caletti (1979a), desplegando aún con más virulencia una exasperada crítica al marxismo-leninismo. En su visión, esta tradición se configuraba alrededor de dos núcleos: por un lado, una idea del Estado como “aparato”, esto es, como un

elemento exterior a la sociedad civil; por otro, una teoría del partido que, al marcar “la necesidad de que la teoría provenga de *fuera* de la clase obrera como tal, es decir, fuera de su práctica y de la práctica de sus luchas”, postulaba una teoría del conocimiento que suponía una relación de exterioridad entre la teoría y la práctica (p. 20). La tradición leninista, en la opinión de Caletti, informaba tanto la acción de la izquierda en Argentina como las condiciones ideológicas de posibilidad del fenómeno guerrillero, incluso en su vertiente peronista.¹⁴

No es exagerado decir que tanto en los planteamientos de Casullo como de Caletti se procesaba la crítica de la experiencia guerrillera como una apresurada revisión del leninismo que, en el mismo movimiento (y en esto se diferenciaban de la empresa de revisión conceptual que por diversos caminos emprendía la fracción socialista de la revista que se nucleaba alrededor de José María Aricó y Juan Carlos Portantiero) arrojaba por la borda a la tradición marxista y socialista de conjunto.¹⁵ En esta clave se puede leer el artículo que Caletti y Casullo (1981) publicaron a dúo en el último número de *Controversia*, en franca discusión con la franja socialista de la revista. Allí los autores no solo emprendían contra un socialismo “caído del cielo”, esto es, que nunca había sido “nacional” (esta era la verdadera “crisis del marxismo” vernáculo, polemizaban, no la que expresaba el debate europeo difundido por los socialistas alrededor del eurocomunismo) sino que avanzaban en una caracterización del socialismo, a secas, como *totalitarismo*. El “socialismo” —sin adjetivación alguna— no era más que un modelo económico y político que *efectivamente había cumplido sus premisas* en el —mal llamado— “socialismo real”, puesto que nunca había superado “la comprensión economicista del poder como totalitarismo” (p. 9).

En esta línea, la crítica del paradigma leninista que Caletti y Casullo despleaban en intervenciones anteriores los llevaba aquí al encuentro de una clásica concepción *populista* que, apelando a la necesidad de convergencia entre intelectuales y pueblo (solo posible en la formulación de un “pensamiento nacional”, aclaraban) mantenía los términos de la relación de

¹⁴ Los escritos de Casullo y Caletti tenían muchos puntos en común con el trabajo que por entonces publicaba Del Barco (1980), ex integrante de la experiencia de *Pasado y Presente*, en la Universidad de Puebla, titulado sugerentemente: *Esbozo de una crítica a la teoría y prácticas leninistas*. El libro, como él mismo relata (Del Barco, 2000, p. 16), causó un importante revuelo en los académicos y en la intelectualidad de izquierda en general, no solo entre los argentinos.

¹⁵ Lo paradójico es que para emprender esta crítica utilizaran algunas de las premisas del pensamiento marxista. Así, en otro de sus artículos, Caletti (1979b) escribía que, en tanto mera reproducción de un pensamiento elaborado desde otras condiciones de producción, el “ideal-marxismo” (que entendía estaba en la base del fenómeno foquista; esta era su preocupación), aparecía en Argentina disociado de la acción política de las masas y se emparentaba “con la ontología de cualquier pensamiento colonizador en tanto racionalidad imbricada en el desarrollo histórico de las metrópolis y transmitida, desde estas metrópolis, en el marco más amplio de los procesos de dominación imperialista”. Esta “colonización ideológica” suponía una “*ruptura compulsiva* de la unidad dialéctica de producción que existe entre la realidad social y el pensamiento que la expresa” (p. 7).

exterioridad criticada, pero a partir de una inversión de sus términos. Así, en una subrayada primera persona del plural que remite sin matices a una experiencia biográfica, Caletti y Casullo escribían:

Durante largo tiempo la izquierda peronista y no peronista se preguntaron *qué le faltaba o de qué carecía el pueblo*, que no accedía al ‘momento’ de *nuestros* planteos socialistas. Hoy sería cuestión de preguntarse —desde otra forma de optimismo y de confianza— *qué pretenderá nuestro pueblo desde su conciencia y su memoria* [cursivas añadidas], en esta lucha tan carcelaria y dramática que le tocó en suerte y lleva adelante (p. 10).

Como dijimos, el planteo apuntaba en parte a la fracción socialista de *Controversia* que, por entonces, ensayaba una intensa, heterogénea y traumática empresa de reflexión crítica sobre la tradición marxista y el leninismo, en buena medida a través de la relectura y reflexión sobre el pensamiento de Mariátegui, de Gramsci o del mismo Marx.¹⁶ Para poner de relieve la existencia de un debate en torno a la cuestión, basta referir al artículo que en el mismo número de *Controversia* publicaron Portantiero y De Ipola (1981) sobre “lo nacional popular y los populismos realmente existentes”. Allí, partiendo de una serie de categorías gramscianas que tenían a la noción de *hegemonía* como núcleo, los autores se ubicaban en una posición que consideraban “equidistantemente lejana del *kautsky-comunismo* y de la reivindicación mitológica de un *volkgeist* que solo crece para reconocer su propia esencia” (p. 11). No es exagerado decir que, de fondo, lo que se discutía eran (auto) definiciones en torno al estatuto del intelectual en los procesos de cambio.¹⁷

No podemos aquí, ni es nuestra intención, desplegar acabadamente el alcance de estos debates ni sus implicancias, mucho menos agotar los tópicos temático-ideológicos que se desplegaron en las páginas de la revista *Controversia*. Apenas se trata de poner de relieve algunos de ellos a fin de explorar el modo en que el espacio de experiencia configurado en el exilio tuvo su manifestación —debería decir: también se produjo— en los debates y reformulaciones de los estudios en comunicación en Argentina, donde generó efectos

¹⁶ Al respecto, véase Aricó, 1980, 2005 [1988]; Portantiero, 1977, entre otros. Burgos (2004) demuestra que el paulatino, complejo y traumático distanciamiento del leninismo —sin ser homogéneo— fue tramitado y elaborado en innumerables escritos y producciones teóricas por el grupo que había editado la revista *Pasado y Presente* y por entonces publicaba los cuadernos homónimos.

¹⁷ La necesidad de sopesar la relación entre *continuidad* (“nacional-popular”) y *ruptura* (“reforma intelectual”) que implicaba en Gramsci el proceso de producción de hegemonía, suponía —escribían Portantiero y De Ipola— discutir “el papel de la intervención externa de la cultura crítica y de sus portadores —los intelectuales— en el mismo proceso” (p. 11). Así, la concepción gramsciana tenía para los autores el mérito de plantear la cuestión en un plano no reduccionista, “ni a favor de la ‘verdad popular’, ni de la ‘conciencia exterior’, esto es, sin disolver el viejo problema de la alteridad entre intelectuales y pueblo” (p. 14).

duraderos en la agenda disciplinar. Como veremos a continuación, la impresión de estar asistiendo a un *umbral de época* que reclamaba nuevos esquemas de entendimiento y frente al cual se percibía un *vacío teórico*, el balance en clave de *reflexión autocrítica* de las premisas que habían orientado la investigación en comunicación como primer esbozo de una *historia* de este campo de estudios, la implacable *crítica del marxismo-leninismo* como matriz que informaba teorías y posicionamientos intelectuales, la *revalorización de lo democrático* como perspectiva estratégica (y, como veremos, epistemológica); todos estos elementos constituyeron algunos de los tópicos de una inflexión en el pensamiento sobre la comunicación que, luego del retorno de estos intelectuales a Argentina, contribuiría a sentar las bases de su institucionalización en el país.

LOS INTELLECTUALES DE LA COMUNICACIÓN EN SU LABORATORIO

Inaugurando su trayectoria en el exilio, Héctor Schmucler fue contratado como profesor por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) a los pocos días de haber llegado a México, en 1976. La invitación se hizo a través de la mediación de Armand Mattelart, su compañero en la dirección de la revista *Comunicación y cultura* desde su primer número en 1973, quien casualmente por entonces se encontraba en el país dando un curso en la UAM (Yanquelevich, 2010). Schmucler se integraría a partir de ese momento a esa universidad, donde tiempo después comenzaría a dirigir la carrera de comunicación (sería su primer director) y, más tarde, gestionaría el auspicio de la institución para relanzar *Comunicación y cultura*. En el intervalo que se produjo entre los números seis (1978) y siete (1982)¹⁸ de la revista, ambos ya editados en México, Schmucler no solo participó de la animada vida política y cultural del exilio argentino, sino que desplegó una intensa actividad académica y profesional: además de su actividad en la carrera de comunicación en la UAM, fue también parte de la creación de la División de Comunicación del Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET), un centro de investigación con sede en México y Santiago de Chile que había sido fundado en 1975. Allí se conformó hacia 1979 un seminario semanal de debate y reflexión sobre comunicación y cultura que se mantuvo durante cuatro años y que contó con la participación, entre otros, de Rafael Roncagliolo, Juan Somovía y Fernando Reyes Mata (los dos últimos como directores) de Héctor Schmucler y, a través de su mediación, de Nicolás Casullo y

¹⁸ Los números cinco y seis habían salido desde México, en 1978, con el sello de Nueva Imagen, el nombre que había tomado la Galerna “exiliada”. Esta era la casa editorial que había publicado la revista en Buenos Aires entre los números uno (una reimpresión de 1973 del número aparecido en primera instancia en Santiago de Chile) y cuatro (1975), el último antes del golpe de Estado.

Alcira Argumedo. El espacio intentaba hacer inteligible el estatuto y las implicancias de lo que se entendía era un cambio de época, presionado por los fenómenos de transnacionalización de la comunicación, el despliegue de nuevas tecnologías informáticas, el ocaso de los proyectos alternativos de comunicación a nivel nacional e internacional y, de manera general, la crisis de los proyectos emancipatorios en sus dimensiones teóricas y organizativas. En este sentido, se planteaba en el seminario la necesidad de renovar los modos de conceptualizar el vínculo entre comunicación, cultura y política. Como veremos, este espacio tendrá una incidencia importante en la instalación y renovación de la agenda de debate de los estudios en comunicación en Argentina tanto como en su proceso de institucionalización.¹⁹

Volviendo al itinerario de *Comunicación y cultura*. La salida de su número siete en 1982 anunciaba su continuidad, luego de un intervalo de casi cuatro años, y el comienzo de una nueva etapa marcada por reconfiguraciones profundas en la escena política general, las biografías e inserciones institucionales de sus promotores. En la presentación del número, dedicado a los “límites del debate internacional sobre la comunicación”, Schmucler (1982) explicitaba estos cambios en las condiciones de existencia de la revista: anunciaba que el auspicio de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM permitiría cumplir con una anhelada periodicidad cuatrimestral y que, desde su nueva ubicación geográfica en México, *Comunicación y cultura* podría “cumplir su vocación latinoamericana”. En este sentido Schmucler informaba sobre la modificación de la estructura de la publicación: se incorporaba un consejo asesor (que se ampliaría en los siguientes números, anunciaba) compuesto por un grupo de especialistas de diversos países que “permitirá una constante pluralidad de voces”, y la conformación de un consejo editorial que reunía colaboradores residentes en México y que sería responsable de la vida ulterior de la revista. En esta misma presentación, Schmucler no esquivaba la referencia al intervalo que se había producido en la salida de la publicación, aludiendo implícitamente a la situación de conmoción subjetiva y de redefiniciones teórico-políticas que atravesaba su entorno intelectual en el nuevo contexto.²⁰

¹⁹ Como es sabido, el papel del ILET fue muy importante en los debates internacionales sobre las políticas nacionales de comunicación y sobre el llamado Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación. Al respecto, véase Argumedo, 1987 [1984]; Schmucler & Mattelart, 1982, entre otros. Para una mirada histórica sobre el ILET véase, Fuentes Navarro, (1992); para una visión retrospectiva de parte de sus protagonistas argentinos, Casullo, 1985; Casullo, 2004 [1995]; Casullo, 2004 [1999]; Schmucler, 1998.

²⁰ Al hacerlo, Schmucler situaba la actual etapa de la publicación en una línea hecha tanto de *continuidades* como de *desplazamientos* respecto de su itinerario. Escribía: “La línea de reflexión que se ha ido constituyendo a través de sucesivos avances no carentes de contradicciones, se ha reforzado en el pasado inmediato. La historia concreta de los pueblos —la vida, en sus multifacéticos aspectos— ha mostrado cada vez más claramente los límites de algunas ideas y la energía de ciertos conceptos que hace algunos años apenas se esbozaban” (1982, p. 5).

De esa situación pretendían dar cuenta las consideraciones de los directores de la revista, informaba, en “Construir la democracia”, el artículo que funcionaba a modo de editorial del número. Bajo este sugestivo título y a modo de programa de investigación para la nueva etapa de *Comunicación y cultura*, Schmucler y Mattelart (1982) trazaban una evaluación del estado de situación de las ciencias sociales y de los estudios en comunicación en particular; en este trabajo se puede leer su percepción de las mutaciones de la época y seguir los avatares de su propio itinerario subjetivo.²¹

A partir de este número reinaugural de *Comunicación y cultura* se fueron sumando al staff de la revista, como integrantes del comité de redacción o colaboradores (su presencia sería variable, según los casos), algunos intelectuales argentinos protagonistas de la vida político-cultural en el espacio exiliario: Nicolás Casullo, Ana Amado, Ana María Nethol, Máximo Simpson Grinberg, Sergio Caletti, entre otros. Tal como hemos argumentado, por su trayectoria y su peso en la revista, nos detendremos aquí en las intervenciones de Schmucler, Casullo y Caletti. En estas podremos visualizar una serie de tópicos que nos servirán para trazar las principales líneas de este momento de redefinición de un pensamiento de la comunicación y la cultura que tendrá particular incidencia en su deriva en Argentina. La percepción de asistir a una suerte de umbral de época frente al cual se diagnosticaba un vacío teórico que obligaba a desplegar nuevas perspectivas y categorías; la revisión crítica de la investigación y de las categorías teóricas desplegadas en los años sesenta y setenta en los estudios en comunicación, en especial en relación con el marxismo, caracterizado de conjunto como un reduccionismo; la configuración de una versión selectiva del pasado reciente de la disciplina que inauguraba su historiografía y que tendrá efectos duraderos en las narrativas metahistóricas del campo; la crítica de la tradición leninista como paradigma de las llamadas políticas de comunicación y como supuesto que organizaba toda una concepción sobre las relaciones entre ciencia y política (y por ende las posiciones de los investigadores de la comunicación en tanto intelectuales); y, por último, la doble revalorización de la democracia en la comunicación y de la comunicación como apuesta democrática.

PARA UNA CRÍTICA DEL LENINISMO EN LA COMUNICACIÓN

²¹ Entre otras cuestiones, Schmucler y Mattelart referían a los límites del debate sobre el nuevo orden mundial de la información y de las políticas nacionales de comunicación de los llamados países del Tercer Mundo; a las nuevas modalidades de relación entre las culturas nacionales y transnacionales, mediadas por las nuevas tecnologías (lo que complejizaba y matizaba nociones como la de *imperialismo cultural*); a la democratización de las comunicaciones como condición para la democratización de las relaciones sociales; a la necesidad de revisar las concepciones sobre los sujetos de cambio (para dar cuenta de la pluralidad de intereses, grupos sociales y demandas) y de atender a la cultura popular, la vida cotidiana como ámbitos de actuación y de participación política (Schmucler & Mattelart, 1982).

La publicación en México de *Comunicación y transición al socialismo*, un libro que había compilado Mattelart (1981) con trabajos sobre aspectos comunicacionales del proceso de descolonización de Mozambique, funcionó como disparador para que, en continuidad aunque con menos afán polémico que en sus intervenciones en *Controversia*, en el mismo número siete de *Comunicación y cultura*, Casullo (1982a) emprendiera contra la tradición leninista en sus manifestaciones en el pensamiento sobre la comunicación. El libro de Mattelart permitía “una aproximación crítica a una clásica concepción revolucionaria, que indudablemente se reflejará en el campo específico que nos interesa” (p. 79), escribía. Se trataba, en concreto, de la crítica de la matriz vanguardista, un modo de organizar el partido que prefiguraba su devenir Estado, que, en la visión de Casullo, predominaba en el proceso mozambiqueño. A partir de algunos fragmentos que extraía de los textos reunidos por Mattelart de Samora Machel y José Rebelo, ambos dirigentes del Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO), Casullo infería la presencia en los líderes mozambiqueños de una idea de Partido-Estado revolucionario que devenía en una concepción autoritaria de organización de lo social, “en tanto poder unificador, disolvente de pluralismos, monopolizador y fuente de autoridad” (p. 82). Llevada al plano de la comunicación, esta perspectiva se traducía — escribía Casullo— “en una definida tendencia homogeneizadora, integrista desde el poder, con posibles rasgos de verticalidad ...” (p. 83). En contraposición, Casullo argumentaba que “la democracia social no implicaba, de por sí, la democracia política” y que la comunicación —en tanto posibilidad de expresión de la disidencia y la pluralidad de voces— tenía, si aquella se ambicionaba, un papel central en su despliegue. En esta línea, el mérito del análisis propuesto en el libro por Mattelart, puntuaba Casullo, era que permitía poner de relieve una concepción sobre el papel de la comunicación y de lo político-cultural como momento mediador, como articulación y producción de la estructura social. Esta perspectiva contrastaba con la “comunicología denunciante” que adjuntaba “estructura económica” y “hecho cultural” y abstraía sus análisis de las particulares articulaciones históricas en las que se producía el consenso social y su cuestionamiento. Este “denuncismo” que el autor asociaba a un “economicismo comunicológico”, se había convertido en una suerte de “ideologismo” que le había dado su identidad al “saber comunicológico”, “enconsertando” la disciplina (pp. 71-72).

Este tipo de sintagmas y la adjetivación que utilizaba Casullo expresaban un vocabulario que por entonces se haría muy popular en las narrativas metahistóricas del campo de los estudios en comunicación y que contribuiría a la construcción de una memoria selectiva de su

pasado reciente. Expresión de un relevo generacional²² y de un posicionamiento en un campo en proceso de consolidación disciplinar e institucionalización tanto como ajuste de cuentas con su propia trayectoria teórico-política, el balance crítico de Casullo exhibía los gestos de una pretensión refundacional que no solo aludía al pasado reciente sino que, en el mismo acto, pretendía anunciar lo porvenir, cuando refería, por ejemplo, a la “dimensión de lo político y lo ideológico histórico” como un “contexto de conocimiento a construir por la comunicología”, dado que se trataba entonces “casi [de] un campo vacío” (p. 73).²³

De manera general, la revisión de la tradición leninista, la crítica del llamado socialismo real y la revalorización de la democracia formal, lejos de ser temáticas ocasionales, formaban parte de una configuración de ideas desde la cual esta franja del pensamiento sobre la comunicación —en sintonía con lo que ocurría entonces en otras disciplinas de las ciencias sociales en América Latina— tramitaba experiencias biográficas, revisaba sus tradiciones de investigación y emprendía un proceso de reformulación epistémica que lo marcaría durante las décadas siguientes.

En esta línea se puede leer el dossier del número ocho de *Comunicación y cultura* en el que Casullo (1982b) reunía textos y manifiestos del movimiento sindical *Solidarnost* de Polonia. La ocasión le servía para entrelazar el análisis de los materiales compilados con una reflexión que expresaba también aquí una ambición de renovación teórico-conceptual para los estudios en comunicación.²⁴ El modelo socialista del este europeo permitía poner de relieve que un extenso proceso de “ausencia de democracia política popular” (que era definida por Casullo en términos formales: por la existencia de la posibilidad de un “disenso real”) transformaba la “democracia social y económica” en una “abstracción autoritaria”, y en el marco de este resquebrajamiento teórico-conceptual “cobraba importancia la cuestión de la comunicación” (p. 179). La relevancia que *Solidarnost* le dedicaba al tema de la libertad de circulación de la información indicaba para Casullo “la imposibilidad de divorciar la

²² Con la idea de relevo generacional nos referimos a la aparición de una nueva camada de investigadores y pensadores sobre la comunicación y la cultura que no habían participado (a diferencia de Schmucler, Verón o Mattelart) en las experiencias y elaboraciones teóricas que marcaron a este campo en su momento de emergencia, a fines de los años sesenta.

²³ Al texto de Casullo le seguían un trabajo del dirigente mozambiqueño Vieira (1982), miembro del Comité Central del FRELIMO, sobre la construcción del “hombre nuevo” en el proceso revolucionario y otro del propio Mattelart (1982) sobre las políticas de incorporación de la televisión en el país africano, a las que caracterizaba como verdaderos “laboratorios de experimentación en comunicación audiovisual”. La lectura de la serie completa de los artículos sobre Mozambique en *Comunicación y cultura* permite leer un campo de tensiones subyacentes en la publicación y su apertura a posiciones diversas.

²⁴ Escribía Casullo: “el arribo del tema de la democracia al campo de los estudios político-sociales va permitiendo verificar lo endeble de muchos enfoques que hasta hace poco se pretendían alternativos” (1982b, p. 177). En autor insistía en su percepción acerca de la existencia de un cambio o umbral de época, y vinculaba este diagnóstico con la necesidad —que el tema de la democracia ponía en evidencia, señalaba— de “desestructurar concepciones”.

democratización de la vida (sindical, política, económica, cultural, ideológica) sin un replanteo comunicativo en la sociedad contemporánea que habilite precisamente esta reformulación, como comunicación” (p. 179). Bajo estas premisas Casullo evaluaba lo que entendía era el autoritarismo de un modelo de organización social y comunicacional (el polaco), que en su visión se derivaba sin matices ni mediaciones de las concepciones leninistas. Sobre estas el autor ensayaba un juicio lapidario: “Podemos hablar de la concentración de neto corte leninista, en cuanto a comunicación bajo la dudosa concepción de ‘organizadora’ y ‘educadora’ de un todo social uniforme e integrador”. “El poder”, continuaba Casullo, tenía distintas maneras históricas de “edificar hegemonías y de acumular poder” (p. 180).

En la terminología empleada —hegemonía, función organizadora y educadora— se puede leer una alusión que, más allá del leninismo, alcanzaba también a una tradición gramsciana (en todo caso, aquí se asimilaban ambas sin beneficio de inventario) con la que, como hemos visto, Casullo había entrado en discusión en las páginas de *Controversia*.²⁵ No es exagerado entonces decir que, en continuidad con sus planteos en esta revista, aquí se volvía a poner en juego una desconfianza de cualquier pretensión dirigente, educadora y organizadora que, como es sabido, en Gramsci involucraba una compleja concepción acerca del partido político y del estatuto y la función de los intelectuales. En los estudios en comunicación esta impronta gramsciana (basta evocar el editorial del primer número de *Comunicación y cultura* de 1973), había tenido un despliegue potente y, al combinarse con otras tradiciones, singular.²⁶

CRÍTICA DEL MARXISMO Y CONFIGURACIÓN DE UNA VERSIÓN SELECTIVA DE LA HISTORIA DE LOS ESTUDIOS EN COMUNICACIÓN

Una serie de artículos publicados en los números siguientes de *Comunicación y cultura* indican la efectiva existencia de este espacio de experiencia común que articulaba la crítica del marxismo-leninismo con la revisión del pasado reciente de los estudios en comunicación y

²⁵ Una posición similar desplegaría Simpson Grinberg (1986 [1981]), profesor en la UNAM, en una compilación de su autoría publicada por entonces en México. En su edición ampliada, de 1986, Simpson Grinberg ubicaba en una misma matriz el pensamiento de Lenin y de Gramsci en relación con sus consideraciones sobre la vanguardia, los intelectuales y el partido. Esta matriz habría fundamentado concepciones autoritarias sobre la comunicación alternativa en el continente. Si bien integró (por un solo número) el consejo editor de *Comunicación y cultura*, Simpson Grinberg, argentino radicado en México desde 1967, era un personaje periférico en relación con los agrupamientos intelectuales y políticos a los que aquí estamos haciendo referencia. Aún así, sus trabajos ejercieron gran influencia en el campo teórico de la comunicación alternativa.

²⁶ Al respecto me permito referir a Zarowsky, 2013.

la búsqueda de redefiniciones epistemológicas. El número diez de 1983, dedicado a las culturas populares, condensaba en torno a esta temática un ánimo de reformulación conceptual. A modo de editorial y de presentación del dossier, Schmucler (1983) sintetizaba esta voluntad de redefinición, cuando escribía que “en el ámbito de las presuntas ciencias sociales se han ido desgastando viejas seguridades y son frecuentes las intuiciones de que es preciso desandar algunos caminos y reiniciar la marcha por otros senderos, algunos hasta ayer deliberadamente descartados” (p. 4). Por su parte, Caletti (1983) —como lo había hecho Casullo con anterioridad— proponía el término *denuncismo* para nominar y caracterizar una de las corrientes del pensamiento comunicológico que, en su perspectiva, había sido predominante en los años sesenta y setenta, aunque, agregaba, esta estuviera “hasta hoy latente en amplios sectores intelectuales de izquierda” (p. 175). En efecto, en un contexto general de ascenso de los movimientos de masas y de esperanzas de cambios profundos en la sociedad, así como de la circulación casi masiva de un “marxismo agitador y escolástico”, explicaba Caletti, las ciencias sociales se habían propuesto por esos años la gigantesca tarea de dar “al cambio que se creía en ciernes, fundamento, justificación y perspectivas”. Para Caletti este movimiento, lejos de toda reflexión específica que innovara conceptualmente, no había sido más que un “correlato comunicológico de estas nuevas izquierdas culturales y políticas que sobrevinieron a la crisis final del estalinismo” (p. 175). Sin ofrecer nombres propios o discutir alguna de sus categorías, el autor subsumía bajo un mismo sintagma, de indisimulable connotación peyorativa, tradiciones de pensamiento disímiles: el énfasis del denuncismo estaba puesto “en los análisis de las estructuras de propiedad y de poder de los sistemas de comunicación, en el papel desempeñado en ellos por los grandes intereses mercantiles y monopólicos, en las categorías de alienación, dominación y manipulación”. La eficacia del denuncismo había sido mostrar hasta qué punto la dominación de clases o la estructura monopólica eran también, y marcadamente, realidades en el plano de la comunicación social; pero en su afán de vinculación con los problemas sociales, concluía Caletti, estos estudios no habían traspasado el marco de una “batalla ideológica” que trascendía “la especificidad comunicacional y que se libró con frecuencia al precio de peligrosos reduccionismos”; la comunicación era siempre “extensión de otras cosas” (p. 175). En consecuencia, dado su énfasis en el estudio de las leyes generales del capitalismo como único objeto de reflexión, el denuncismo había mostrado su falta de preocupación por desplegar un estatuto teórico y conceptual propio y distintivo para el pensamiento sobre la comunicación, “acababa con los estudios en comunicación como rescate de lo singular” (p. 176).

En estas versiones de la historia de los estudios en comunicación que proponían tanto Casullo como Caletti se pueden leer, como dijimos, no solo los típicos gestos que señalan la existencia de un relevo generacional en un campo de estudios en proceso de consolidación, sino también las huellas de una experiencia política personal, un ajuste de cuentas con la cultura y la política de izquierda y el marxismo que, tomados de conjunto, no atendía matices y diferenciaciones históricas. Si en sus intervenciones en *Controversia* se podía seguir una polémica más o menos explícita con la izquierda peronista y sus organizaciones armadas, aquí, la ausencia de nombres propios o de referencias concretas a las tradiciones teóricas y de investigación en comunicación con las que se polemizaba y a sus contextos de emergencia específicos, contribuían a configurar una memoria disciplinar a través de una suerte de mito de origen en torno a su momento de emergencia “ideologizado”. Al mitigar las relaciones entre procesos sociales y de ideación, este relato, vía homogeneización y descontextualización, eludía matices y afinaba una serie de operaciones que legitimaron y consolidaron desplazamientos teórico-conceptuales y dejaron huellas perdurables en la agenda de los estudios en comunicación en Argentina.

Sin embargo, el movimiento tenía diversas aristas. En las posiciones de Schmucler se puede identificar un espacio de experiencia común, pero también ciertos matices en el modo de trazar una memoria del campo. Para observarlos basta con remitir a su transitado ensayo “Un proyecto de comunicación/cultura”, publicado en el número doce de la revista (1984). Allí, la idea de que se asistía a un umbral de época era expresada por Schmucler como un derrumbe enunciado en primera persona (aquí se puede leer la marca de una diferencia generacional en relación con Casullo y Caletti, quienes, a diferencia de lo que solían hacer en sus escritos políticos, utilizaban la tercera persona en sus balances comunicológicos), que aludía también a un quiebre teórico-epistemológico. El director de *Comunicación y cultura* escribía sin matices en la primera línea del trabajo que “en los últimos tiempos se han ido desmoronando muchos de los edificios intelectuales que hasta hace poco imaginábamos perdurables, cuando no definitivos” (p. 3). Pero, simultáneamente, Schmucler repasaba los avatares de la experiencia colectiva que había protagonizado, de la cual seguía afirmando algunas de sus dimensiones. Así reivindicaba —aunque refiriera una y otra vez en esas pocas páginas a todo lo que habían “aprendido” desde entonces— el itinerario de *Comunicación y cultura* y algunos de los objetivos que se había planteado la revista en el momento de su fundación.²⁷ En esta línea Schmucler desplegaba una dimensión más comprensiva que

²⁷ Escribía Schmucler (1984, p. 6): “Ya lejos, y seguramente con otras resonancias, podríamos repetir algunos de los objetivos que señalábamos en 1973, en el número uno de la revista: ‘deben emerger una nueva teoría y una

adjetivadora sobre el pasado de los estudios en comunicación y ponía más empeño en revisar críticamente el modo particular en que en su seno se había desplegado una forma de entender la práctica científica (como producto de una racionalidad moderna que se derrumbaba, sostenía) que en los lugares comunes con los que por entonces se vapuleaba a una tradición marxista respecto a la cual no se contemplaban distinciones o matices.

Documento de época, memoria de una subjetividad encarnada e implicada con su tiempo, el artículo de Schmucler tal vez sea uno de los testimonios más conmovedores, por el cuidado de su escritura y su capacidad evocativa, del modo en que, en el exilio mexicano, una franja de los intelectuales argentinos vivió el umbral de una época y, en el fragor de la derrota individual y colectiva, produjo una serie de lecturas del pasado reciente y ensayó, sopesando continuidades y rupturas, la apertura a nuevos modos de acción y pensamiento.

DE MÉXICO A BUENOS AIRES

Los agrupamientos que forjaron los exiliados argentinos en México configuraron modos de sobrellevar el trauma del destierro y de reorientar la acción política a la distancia mediante la creación de lazos intelectuales y afectivos. Para aquellos que intuían que el exilio no era más que un momento transitorio en sus vidas, estos espacios —la revista *Controversia* especialmente entre ellos— fueron una oportunidad de discutir tanto la derrota como la posibilidad de reconstruir una proyección de regreso al país, una alternativa para la acción política en una Argentina postdictatorial; se convirtieron, en definitiva, en modos de organizar la vuelta (Gago, 2012; Yanquelevich, 2010).

En el caso que nos ocupa, la descripción y el análisis del papel de los intelectuales de la comunicación en el pasaje del laboratorio exiliar a la escena académica y político-cultural argentina requeriría un trabajo específico que dé cuenta de sus conexiones concretas y de su grado de influencia, tanto a nivel epistémico como político-institucional. Solo a modo de indicador de la existencia de una serie de cruces e instancias de pasaje, nos referiremos aquí (pues habría que ocuparse de todas ellas en conjunto) a la realización en Buenos Aires,

nueva práctica de la comunicación que, en definitiva, se confundirá con un nuevo modo total de producir la vida hasta en los aspectos más íntimos de la cotidianidad humana”. En el mismo sentido —y en contraste con las posiciones de Casullo y Caletti— se puede leer el reconocimiento que por entonces, junto a Elizabeth Fox, Schmucler (1982, p. 18) ofrecía a la corriente crítica en comunicación que, de la mano de Armand Mattelart y su equipo, se había desarrollado en ese “laboratorio de experimentación social” que había sido el proceso de la Unidad Popular en Chile. A contrapelo de una lectura descontextualizada que por entonces se extendía, Schmucler señalaba algunos factores que contribuyeron a la mala comprensión de esta tradición, señalando las dificultades generadas por la extrapolación, fuera de su contexto de producción, de sus modelos de análisis.

durante 1983, de una serie de encuentros organizados por la entonces recién creada oficina del ILET en Buenos Aires —que impulsó Nicolás Casullo a su retorno al país— donde se trazaron vasos comunicantes entre las agendas elaboradas en México en las que participaron los exiliados argentinos y las agendas de aquellos investigadores que habían permanecido en el país.

En efecto, en septiembre de ese año se realizó en Buenos Aires un encuentro sobre “Políticas Nacionales de Comunicación” y, en noviembre, con la coordinación de Casullo, el ILET congregó a intelectuales, investigadores y comunicadores para debatir sobre el tema “Comunicación y Democracia”. Este último seminario reunió, además de a periodistas, comunicadores y trabajadores de medios audiovisuales, a las figuras que se perfilaban por entonces como referentes de un campo de estudios en proceso de consolidación en el país y que, poco tiempo después tendrían (algunas de ellas) un papel destacado o bien en la creación de la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires, o bien en el desarrollo de sus primeros años de vida. De manera general, los encuentros discurrieron sobre el papel de los medios audiovisuales en la etapa política que se abría con la inminente asunción del nuevo gobierno democrático. Más puntualmente: se trataba de pensar límites y posibilidades para el despliegue de políticas que promovieran la democratización de la comunicación, a la vez que de analizar, en el nuevo escenario, el estatuto de lo que algunos vaticinaban como una inminente ofensiva neoconservadora y privatista de los sistemas de comunicación por parte de los grupos de poder y de los actores del sector. La última mesa del seminario, llamada “sociedad, poderes, información”, fue de carácter más bien teórico-conceptual y reunió a Alcira Argumedo, Jorge Bernetti, Nicolás Casullo, Aníbal Ford, Heriberto Muraro, Eduardo Romano, Oscar Steimberg y Patricia Terrero. En la apertura de la mesa Casullo (1985), como coordinador del encuentro, presentaba los tópicos centrales de lo que entendía era una nueva etapa en el itinerario de la comunicología, que se pueden leer en continuidad con aquellos elaborados en México. Afirmaba:

Como analistas de la cultura y la comunicación, podemos percibir, si hacemos una comparación con los principios de los años setenta, que hay una reformulación y desplazamiento del análisis sobre los medios en relación a la sociedad. De la problemática mayor de los años setenta, que hacía eje en la estatización-nacionalización de los medios, pasamos hoy al problema de la democratización de los medios ... De las políticas nacionales de comunicación a cargo del Estado se pasa a un mayor interés sobre los medios y su democratización bajo el impulso central de la sociedad civil. Del problema de los medios

como productores de consenso para el cambio social, pasamos a su democratización para el disenso y la pluralidad de expresión de los distintos sectores sociales. Del famoso enjuiciado imperialismo cultural defensor de la libertad de empresa pasamos a la libertad y a la no censura del mensaje de masas. De la idea de un proyecto revolucionario popular sobre la vida de los medios de comunicación, se pasa a la actuación abierta de los mismos, en los marcos de la democracia institucional no regida por ningún proyecto, o razón histórica, supremo indefectible. ¿Cambió la realidad o cambiamos nosotros? (p. 173).

La utilización de la primera persona y la sugestiva pregunta que arrojaba Casullo al final del párrafo nos permite observar cómo estos desplazamientos conceptuales —producto, en parte, del modo en que una generación procesaba la experiencia de la derrota en tanto hecho colectivo— se presentaban asociados a lo que se vivía como una vuelta de página en los itinerarios personales. Aun así, este uso de la primera persona del plural, inclusivo, no debe inducirnos a considerar la existencia de un movimiento homogéneo; pues en algunas de las réplicas que generó la intervención de Casullo se pueden leer diferencias y tensiones en torno a la interpretación que se hacía del hecho democrático y de su relación con la comunicación. Así, por un lado, encontramos a aquellos que, como el propio Casullo, hacían más énfasis en el desarrollo de sus implicancias y aspectos formales; por el otro, a aquellos que ponían de relieve la necesidad de articular “lo democrático” con la cuestión de la “liberación nacional”.²⁸ Aunque no podemos extendernos en este debate, podemos decir que la discusión cruzaba sensibilidades y matices al interior de la intelectualidad peronista (prácticamente todos los panelistas se identificaban en esta tradición y eran por entonces afiliados al Partido Justicialista), que retomaba tensiones y discrepancias que habían emergido previamente entre los exiliados en México, y que ahora a su vez se confrontaba con las posiciones de aquellos que habían permanecido en Argentina.

Tiempo después todas las intervenciones del seminario serían compiladas por Casullo, bajo el sugestivo título de *Comunicación: la democracia difícil*, y editadas por Folios Ediciones y el ILET, en Buenos Aires (1985). La publicación de los debates permitiría, entonces, ampliar la escala de su difusión y el reconocimiento de sus participantes, contribuyendo a generar condiciones de legitimidad para un campo de estudios en vías de institucionalización. Casullo además escribiría una larga introducción donde ampliaría los

²⁸ Buena parte de estos planteamientos cuestionaban lo que se entendía como una excesiva confianza en los aspectos formales del proceso de democratización. Véase la intervención de Ford (en Casullo, 1985) y la de Bernetti, que expresaba un intento de síntesis: se trataba, en sus palabras, de “recuperar en el contenido democrático las voces de la liberación”, a la vez que de “cuestionar las voces de la liberación que no pueden plantear contenidos democráticos” (en Casullo, 1985, p. 189).

núcleos temáticos que había presentado en el seminario y donde —también aquí con además refundacional— retomaría buena parte de los tópicos desarrollados en la encrucijada mexicana: entre ellos, su planteamiento de que “lo democrático” era un “agujero negro en la reflexión” sobre la comunicación que obligaba a dar una vuelta de página y a dar un salto a lo desconocido para el pensamiento; se trataba, en suma, de avanzar en una “trama reinaguradora de incertidumbres y respuestas” (p. 12).²⁹

PALABRAS FINALES

Desde un punto de vista sociológico, esto es, aquel que se interroga por las tramas sociales que sostienen los consensos y movimientos que se producen en el campo intelectual y por su relación con el campo de poder, hemos argumentado la existencia de vasos comunicantes entre los espacios de reunión y sociabilidad forjados por los intelectuales argentinos en el exilio y la creación de formaciones o instituciones emergentes que permitieron la acumulación, individual y colectiva, de un capital simbólico y social que explica, en parte, el protagonismo que tomaron algunos de ellos, a su retorno, en el proceso de institucionalización de los estudios en comunicación en Argentina (en especial, con la creación de la carrera de Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Buenos Aires en los años ochenta) y en la renovada escena político-cultural de la sociedad postdictatorial.

Desde el punto de vista de la historia intelectual, esto es, aquel que se interroga por el vínculo entre los itinerarios sociales, las trayectorias subjetivas y las elaboraciones teórico-conceptuales; o, al decir de Altamirano, por el “trabajo del pensamiento en el seno de experiencias históricas” (2005, p. 10), hemos argumentado que las singulares coordenadas que se dieron cita en el exilio mexicano de los intelectuales de la comunicación permitieron el despliegue de un laboratorio teórico-político que alimentó ese gran movimiento epistémico que se produjo a partir de los años ochenta en la comunicología argentina. Es este espacio de experiencia común el que nos permite entender, incluso, la emergencia en el país de condiciones de recepción favorables a las posteriores elaboraciones teórico-conceptuales que

²⁹ Se destacaban también aquí las críticas de Casullo (1985, p. 16) al “izquierdismo comunicológico”. En contraposición, escribía que la democracia —como “perspectiva desestructurante de antiguas concepciones” (pp. 24-25)— permitía pensar la comunicación como conflicto de cultura, esto es, como producción diversificada y conflictiva, permanente y abierta de sentidos desde un sujeto social activo. Como sistema productivo de primer orden, la comunicación —atravesada por dimensiones políticas, culturales, ideológicas y subjetivas— inauguraba el acontecimiento político y cultural y aparecía entonces como problema ejemplar de la producción de la vida societal: la “gran cuestión de nuestro tiempo”, concluía Casullo (1985, p. 43).

marcaron la agenda del campo latinoamericano de los estudios en comunicación en las décadas siguientes.³⁰

En suma, hemos intentado poner de relieve cómo en las nuevas coordenadas que se dispusieron en el espacio exiliario se formaron agrupamientos donde se forjaron y legitimaron algunas de las figuras de los estudios en comunicación, se elaboraron algunos de los tópicos de su renovación teórica-epistemológica y se generaron condiciones que promovieron su consolidación e institucionalización en el país. Esta trayectoria de los estudios en comunicación habilita a ser leída como algo más que como una historia disciplinar; desde su especificidad, podría formar parte de una sociología histórica dispuesta a interrogarse sobre el papel que tuvieron en el periodo los “intelectuales de la comunicación” en los procesos de producción y renovación de la hegemonía en Argentina.

Bibliografía

- Aguilar, G. (2010). “Los intelectuales de la literatura: cambio social y narrativas de identidad”. En C. Altamirano, (Ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la ‘ciudad letrada’ en el siglo XX* (pp. 685-711). Buenos Aires: Katz.
- Altamirano, C. (2005). *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Argumedo, A. (1987 [1984]). *Los laberintos de la crisis. América Latina. Poder transnacional y comunicaciones*. Buenos Aires: PuntoSur-ILET.
- Aricó, J. (2005 [1988]). *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Aricó, J. (1982 [1980]). *Marx y América Latina*. Buenos Aires: Catálogos.
- Bernetti, J. & Giardinelli, M. (2003). *México: el exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura 1976-1983*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Bernetti, J. (21 de marzo de 1979). “Estallido en la cumbre. La crisis de los Montoneros”. *El Universal*.
- Bernetti, J., Caletti, S., Puiggrós, A. & Schmucler, H. (14 de mayo de 1979). « Trayectoria y papel de los Montoneros”. *Proceso*, p. 132.
- Burgos, R. (2004). *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*. Buenos Aires: Siglo XXI de Argentina.
- Caletti, S. (1979a). “Los marxismos que supimos conseguir”, *Controversia*, p. 1.

³⁰ Nos referimos sobre todo, aunque no podemos desarrollarlo aquí, pues es bien conocido, a una suerte de *giro culturalista* que tendrá como principales referentes en los estudios en comunicación los trabajos de los años ochenta de Martín-Barbero y de García Canclini. Al respecto, véase Mangone, 2007.

- Caletti, S. (1979b). "La revolución del voluntarismo", *Controversia*, pp. 2-3.
- Caletti, S. (1983). "Reflexiones sobre teoría y cambio social", *Comunicación y cultura*, 10, pp. 169-186.
- Caletti, S. & Casullo, N. (1981). "El socialismo que cayó del cielo". *Controversia*, 14, pp. 7-10.
- Casco, J. (2008). "El exilio Intelectual en México. Notas sobre la experiencia argentina (1974-1983)". *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 31, pp. 148-164.
- Casullo, N. (30 de abril de 1979). "El difícil camino hacia la democracia". *Proceso*, 130.
- Casullo, N. (1980a). "El pueblo produce las formas y los contenidos políticos", *Controversia*, 7, pp. 12-14.
- Casullo, N. (1980b). "Movimiento peronista y concepciones de la política", *Controversia*, 8, pp. 9-11.
- Casullo, N. (1980c). "Desde el movimiento de masas o desde los mitos", *Controversia*, 9-10, pp. 25-26.
- Casullo, N. (1982a). "La comunicación entre el Estado colonial y el socialismo", *Comunicación y cultura*, 7, pp. 71-85.
- Casullo, N. (1982b). "Solidaridad y los medios masivos de comunicación (Materiales sobre Polonia)", *Comunicación y cultura*, 8, pp. 177-211.
- Casullo, N. (1985). *Comunicación: la democracia difícil*. Buenos Aires: Folios Ediciones, ILET.
- Casullo, N. (1995). "Los naufragios de la crítica (entrevista)", *Mapa Nocturno* 6, Buenos Aires.
- Casullo, N. (1999). "Exilio: tu cuerpo ahí, el alma allá, (entrevista)". En Boccanera, J. (1999). *Tierra que anda. Los escritores y el exilio*. Buenos Aires: Amhegino.
- Del Barco, O. (1980). *Esbozo de una crítica a la teoría y prácticas leninistas*. Puebla: Editorial Universidad Autónoma de Puebla.
- Del Barco, O. (2000). "En ese tiempo lejano del cual ustedes me preguntan...", *El Ojo Mocho*, 15.
- Entel, A. (1994). *Teorías de la comunicación, cuadros de época y pasiones de sujetos*. Buenos Aires: Hernandarias.
- Fuentes Navarro, R. (1992). *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina*. México: FELAFACS.
- Gago, V. (2012). *Controversia: una lengua del exilio*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional.
- Grimson, A., Varela, M. (1999). "Recepción, culturas populares y política. Desplazamientos del campo de comunicación y cultura en la Argentina". En Grimson, A., Varela, M., *Audiencias, cultura y poder*, Buenos Aires: Eudeba.
- Lenarduzzi, V. (1998). *Revista Comunicación y Cultura. Itinerarios, ideas y pasiones*. Buenos Aires: Eudeba.
- Mangone, C. (2007). "Dimensión polémica y desplazamientos críticos en la teoría comunicacional y cultural", *Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura*, 2.
- Mattelart, A. (1981). *Comunicación y transición al socialismo. El caso Mozambique*. Era: México.

- Mattelart, A. (1982). "Mozambique: tener o no tener televisión", *Comunicación y cultura*, 7, pp. 109-113.
- Portantiero, J. C. (1977). "Los usos de Gramsci". En *Antonio Gramsci, Escritos políticos (1917-1933)*. Cuadernos Pasado y Presente, 54: México.
- Portantiero, J. C. & De Ipola, E. (1981). "Lo nacional popular y los populismos realmente existentes". *Controversia*, 14, pp. 11-14.
- Rivera, J. (1987). *La investigación en comunicación social en Argentina*, Buenos Aires: Puntosur.
- Saintout, F. (1998). *Los Estudios de Recepción en América Latina*, La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación UNLP.
- Santagada, M. (2000). *De certezas e ilusiones. Trayectos latinoamericanos de investigación en comunicación*, Buenos Aires: Eudeba.
- Sarlo, B. (2007 [2001]). *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires: Emecé.
- Schmucler, H. (1979). "Actualidad de los derechos humanos", *Controversia*, 1, p. 3.
- Schmucler, H. (1980a). "La Argentina de adentro y la Argentina de afuera", *Controversia*, 4, pp. 4-5.
- Schmucler, H. (1980b). "Testimonios de los sobrevivientes", *Controversia*, 9-10, pp. 4-5.
- Schmucler, H. (1981). "Apuntes e interrogantes para reflexionar sobre política", *Controversia*, 11-12, pp. 15.
- Schmucler, H. (1982). "Al lector", *Comunicación y cultura*, 7, pp. 5-6.
- Schmucler, H. (1983). "Interrogantes sobre lo popular", *Comunicación y cultura*, 10, pp. 3-5.
- Schmucler, H. (1984). "Un proyecto de comunicación/cultura", *Comunicación y cultura*, 12, pp. 3-8.
- Schmucler, H., Fox, E. (1982). *Comunicación y Democracia en América Latina*. Lima: Desco-Clasco.
- Schmucler, H. & Mattelart, A. (1982). Construir la democracia, en *Comunicación y cultura*, 7, pp. 7-10.
- Simpson Grinberg, M. (comp.) (1986 [1986]). *Comunicación alternativa y cambio social*. México: Premia editora.
- Terán, O. (2013 [1991]), *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Williams, R. (2009 [1977]), *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las Cuarenta.
- Yanquelevich, P. (2010). *Ráfagas de un exilio. Argentino en México, 1974-1983*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Zarowsky, M. (2013). *Del laboratorio chileno a la comunicación-mundo. Un itinerario intelectual de Armand Mattelart*. Buenos Aires: Biblos.